

Cuencas vacías

Julián Sánchez Caramazana



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#cuencasvacias

Colección: Tombooktu Fantasía y Terror
www.fantasiayterror.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Cuencas vacías*

Autor: © Julián Sánchez Caramazana

Maquetación: Emiliano Molina (www.taskforsome.com)

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2013 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-15747-31-4

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-500-8

ISBN Digital: 978-84-9967-501-5

Fecha de publicación: Abril 2013

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-7986-2013

Índice

Cuencas vacías.....	9
La parejita	13
El día de los sustos	19
Año Nuevo, vida nueva	23
Las que vienen de otro infierno	27
De la raíz a las puntas.....	39
Perversidad.....	43
El destello.....	47
Cirujano	53
Azares.....	57
Zarpazos.....	63
La iglesia	67
Negro y rojo sobre blanco	73
Esa eterna melodía	77
Sobran prótesis genéticas	83
Llanto	85
Faros	87

Conjeturas.....	95
Menudo carácter	97
Lutos	99
Desesperación	105
Conversación.....	111
Visceral	117
Romance	121
Sin anestesia.....	127
Preferida.....	133
Sangrar carne	143
Hechizo	147
Monstruos.....	155
La desaparición del vampiro	169

CUENCAS VACÍAS

No es sólo eso. Hay quienes han salido de casa para no volver más.

El Terror
Arthur Machen

El calvo cincuentón apoya sus dos manos sobre la entrepierna. Se la masajea, disimuladamente, sentado en una silla de plástico verdosa delante de la sucia pantalla del ordenador. Luce en su cabeza una gorra con visera negra con varios pines indescifrables. Su hombro izquierdo roza la puerta del WC del que entran y salen pakistaníes, latinos, marroquíes y de vez en cuando algún que otro español. Hay muy pocas mujeres en el ciber esta noche.

El calvo mira fijamente en la pantalla diversas fotografías porno. El masajeo sobre su pene es cada vez más rápido y, sin pudor, eyacula. Una mancha aparece en la parte derecha de su pantalón de faena color crema. Ismael ha intentado evitar mirarle, pero los ordenadores están separados por cortas paredes azules plastificadas que llegan de la cintura a la altura del brazo, uno al lado del otro. Son pequeños cubículos que ocupan el espacio para una persona y ya está. Una hora, dos euros. Ese es el precio.

Ismael piensa que el calvo podría ser el perfecto pederasta o psicópata. Mueve la cabeza negativamente, mientras los

dueños del local sonríen en su experiencia de conocer a toda clase de cibernautas. Son dos pakistaníes de los primeros que llegaron a la ciudad, de la primera generación de emigrantes en Barcelona, los cuales regentan con sabiduría y disciplina el negocio.

Ismael siente una alergia especial hacia su vecino circunstancial, al tiempo que contesta algunos e-mails de amigos y de su trabajo.

Van pasando las horas. A un africano que escucha el *Euskal Herria Jamaica Clash* de Fermín Muguruza, le sigue un dominicano que habla por teléfono sobre dinero y que queda en ir a buscar a alguien al aeropuerto al día siguiente mientras una catalana consulta el saldo de su cuenta corriente, observada con descaro por tres colombianas que chatean a carcajada limpia.

El calvo abandona su ubicación tirando violentamente hacia atrás la silla. Se levanta dando traspiés con sus gafas negras protegiendo las cuencas vacías de sus ojos, arrancados de cuajo años atrás como pago de su deuda a alguna entidad maligna. Una deuda que se ha ampliado para que sin ojos siga disfrutando de sus juergas ciberpornográficas. De ese modo, y alimentado en su deseo, el arrepentimiento le remorderá de tal manera que no tendrá más remedio que degollar a otra quinceañera, también como pago establecido.

Ismael podría caer en las redes de este horror demoniaco tan cercano. Tal vez podría ser una locura como en la famosa novela de lord Dunsany o la semilla de la recién estrenada película *Happening*, pero no. Hay cosas que tienen o no tienen explicación. Lo mismo le ocurre a Silvia cuando le rebanan el pescuezo. Nunca había tenido problemas al bajar la basura, pero hoy se le acerca el tío por detrás, le tapa la boca y la mete en el coche en el que se escucha una relajante música de las que pinchan en algún que otro chill out.

Dentro del vehículo, con un diminuto punzón le agujerea los pechos, el costado, las rodillas, el vientre, la cara, para terminar cortándole el cuello redimiendo sus vicios.

El calvo se arrancó él mismo los ojos. Nadie le da órdenes en el ciberespacio. Todo eso y mucho más está en su cabeza. El dolor es tan intenso como insensata la acción de Ismael. Quizá no debería haberle seguido, ni remitirle e-mails a modo de chantaje. ¿Cómo los lee si no tiene ojos? En un descuido Ismael le vio en el lavabo del ciber sin las gafas negras. El horror que sintió al ver las cuencas vacías le paralizó. Le siguió, vio como torturaba y mataba a la chica. Quería beneficiarse, sacarle una pasta.

El hombre le cita en un bar del Paralelo barcelonés. Allí, ambos, a ritmo de la música de la emisora Kiss FM, se contemplan saboreando unos boquerones y una de bravas. Ismael poco a poco se siente atraído por la personalidad de Joan, que así se llama el ciego ¿A quién odia Ismael, quién o quiénes le han fastidiado? ¿El placer, los placeres, liberar el remordimiento?

El secreto que nunca le contará es cómo ve sin ojos. Ismael se asusta cuando Joan se mete los dedos en las cuencas vacías y los mueve por dentro.

A Ismael siempre lo ridiculizaron sus profes de EGB y BUP. Siente un odio terminal hacia ellos. Joan e Ismael se reúnen en el ciber y comentan cada semana la jugada y cada una de las desapariciones y asesinatos. Desde el interior del mostrador los dueños cobran, dan cambio, cierran y abren ordenadores.

Carme, la catalana que cada día a la misma hora se sienta a su lado, descubrió un e-mail impreso por Ismael en un descuido. Buen material para una novela de terror. Me contó la idea, me entusiasmó, tuve que matarla. Es demasiado buena. Ismael y Joan accedieron a escribir la historia conmigo, pero

me prohibieron que contara esto que escribo. Carme fue mi bienvenida. La novela la escribimos a seis manos. Un gran *best-seller*. Lo de los ojos de Joan es un secreto. ¿Cómo puede ver?, ¿dónde está el truco? No hay truco. ¿Es su don?

*

Una noche, borrachos de *absenta*, por la calle Hospital, me dijo: «El cerebro es el ojo menos usado y el que más ve». Supongo que era, es, un acertijo. No creo que Joan esté en un plano dimensional superior al del resto de los humanos, aunque sus crímenes cada vez son más perfectos y tiene ideas que comparte sólo con nosotros dos y que dan pie a próximas novelas que a mí me crean un pánico cerval...

El calvo se levanta de su silla. Una mancha brilla en su pantalón color crema. Mira a Ismael sin ojos, pues se ha arrancado los suyos en el lavabo y está intentando mirar más allá de la pantalla del ordenador ante el horror e incredulidad del resto de cibernautas. Camina a la búsqueda de una nueva víctima física tras conseguir que otra, gracias a su poder mental, se extraiga los ojos. Ismael ha metido varios dedos en sus cuencas vacías y grita desesperado. En pocos minutos ha imaginado una historia al lado del calvo, el *best-seller*, Carme, el escritor asesino que no puede contar una historia, pero que se hace famoso con ellos, él matando. Realidad, ficción y miedos. «El cerebro es el ojo menos usado», repite a gritos en la ambulancia, en el hospital, el resto de su vida en su internamiento.

Joan camina buscando alguien que escriba mentalmente otra buena historia de terror dada la escasez y después pague con una parte de su cuerpo por el placer que él le otorga a su desmedida ambición. Luego buscará una quinceañera como Silvia con la que redimir su onanismo. Ha comprado para ella punzones más diminutos todavía.

LA PAREJITA

Fernando sintió el hedor procedente de la boca del niño...

De «Al caer la noche», en *Bebés jugando con cuchillos*
Santiago Eximeno

Bostezos... largos. Agotamiento. Satisfacción. La botella por la mitad. William Lawson's. Su preferido. Acompañante ideal. No causa problemas. Tres dedos más. Sin hielo. Algunas mezclas son odiosas. Hay que apurar la esencia, parirla en su tiempo y estado puro. Saboreando el momento. Manos limpias. Se ha cambiado de ropa. El olor y el tacto la reconfortan, el whisky ahuyenta demonios indeseables y requerimientos oníricos posteriores.

Hoy está de suerte. Ha completado dos partes sumamente importantes que hacen juego y acercan al final. Debe serenarse. En su momento enganchará todas las demás. Falta poco. Otro sorbo, más largo, más rico, más poderoso. Apura menos de media botella. Mañana comprará unas cuantas más. Hoy no saldrá de casa. Sólo tres dedos más y otro éxito. El éxito definitivo, sudado y estimulante, sin reservas.

Ocho de la mañana. Engaña al despertador, se burla del tiempo, y se da media vuelta en la cama ronroneando,

femenina. Un ratito más. Cinco calles más abajo lo ha visto. Su olfato experimentado no la ha engañado. Sabe lo que busca. En el parque, al lado del carrito de los helados, como en una antigua película de género y alguna que otra canción. Pero bueno, todo tiene su tiempo.

La estrategia es ideal. No permite fallos. ¿Resaca? No, bien, no lo sabe del todo, dolor de cabeza sí. Un poco de lentitud. Arrastra los pensamientos y sus palabras en la soledad de estas primeras y lucientes horas solares. Elabora unos cuantos ejercicios rotatorios con el cuello. Un lado, otro lado, arriba, abajo. Más sol. Los rayos se filtran entre la cortina blanca e iluminan la mesa de metal donde yace todo. Comprueba la temperatura. Sólo unas décimas menos. Una noche tranquila. Durmió de un tirón. Sabía que no la molestarían. Se concede unos cuarenta minutos para ir al lavabo, ducharse, desayunar, maquillarse y ponerse guapa, «coqueta que es una». Reflexiona. Sólo cinco calles más abajo. Por cierto, la nariz ha quedado perfecta. A las mil maravillas. En el coche medita sobre cada parte ya conseguida, con ahínco y férrea voluntad, y mantenida a la temperatura ideal que a veces, cuando olvida su medicina propicia, baja porque ellos la reclaman. Esto le provoca una larga carcajada que no remite. Ella lo hace muy bien y ahora estará todo más lejos, menos insistente y repulsivo.

Lanza las bolsas azules de basura con su hermoso contenido desde lo más abrupto de la zona montañosa.

Comida frugal. Media baguette con lonchas diminutas de queso de cabrales y tres copas de vino blanco. Postre. Ya son las seis de la tarde. Ahora oscurece temprano en este otoño anacrónico de 2009. Supervisa el terreno y comprueba que todo sigue la rutina observada y deseada. Hace un simpático mohín al pequeño del cochecito. La canguro es brasileña. Una joven simpática. De noche ejerce otro oficio. El que dicen que es el más antiguo del mundo. Ríen sus confianzas y están atentas las dos a los requerimientos del bebé.

Dos buenas amigas desde hace ya dos semanas. Metódica, tranquila, risueña. Esa tarde más cariñosa y comprensiva que en otras ocasiones. Acariciando el pelo caoba de la brasileña. No debe preocuparse, ella la sustituirá unas horas. Nadie se enterará. Un secreto. Son dos mujeres que saben entenderse y protegerse. El niño estará con ella como con su madre o ella misma. Confía mucho el bebé en su mirada. Le quedan tres y acaba. Por la noche, en su casa, levanta por sexta vez la tela de la incubadora. Ahí está. Perfecto. Deseado y conseguido. A la temperatura ideal. Es lo que quería, como ella quiere que sea. Comprueba el dígito por pura manía. Frunce el ceño. Ha aumentado el calor. Debe reducirlo. No podrán acercarse, están muy lejos. Ese es el número concreto, si no no aguantará.

Seguro que la están buscando. A él y a ella también. El bebé muerto no llega a los cinco meses y ya está dentro de su bolsa de basura azul. Ha seccionado sus tres deditos de la mano izquierda y los ha unido según le contó la bruja en el pequeño pueblo de hirientes casas blancas. La sangre la va recogiendo con unas cuantas bayetas y las escurre en cubos que guarda en el Combi que compró a plazos en el Carrefour. Seguro que una de estas últimas noches de esplendor y whisky vació todos los cubos porque están todos limpios y ella no bebe sangre, sólo alcohol y del bueno. No tiene que beber tanto, se recrimina vivaracha.

Precioso. Inserta el ojo azul en la cuenca de la derecha. Es su hijo perfecto. El bebé preferido, siempre deseado y que ella ha creado, concebido, engendrado desde su vientre ideal a la temperatura correcta. Los demás eran muy feos. Se encariñaba con ellos, pero a los pocos días les encontraba alguna imperfección; desde el primero que cogió hasta este último. A partir de ese momento, y sabedora de que es incapaz de concebir una criatura, se prometió que pariría el mejor bebé con sus manos, voluntad y esfuerzo: «¡Qué guapo es!».

No se atreve a sacarlo todavía de la incubadora, pero unos minutos después de su triunfadora exclamación no puede resistir la tentación. Le levanta en vilo. Le mece. Le acerca a su pecho... Comprueba la temperatura. Esta noche no bebe ni una gota. No lo necesita, es feliz.

El despertador no ha sonado. No lo entiende. Una larga noche. No se ha dado cuenta de nada. El timbre, sí, es el timbre. Golpes en la puerta. Alguien repite una palabra: «... li... ía».

Vecinos asustados. Una madrugada entera de llantos, berridos más bien, de bebés. Lamentos insistentes, fruto de la crueldad y del dolor, por saber que les están matando cuando aún casi no han respirado. La policía ha atado cabos sueltos, han relacionado la desaparición de criaturas en la ciudad y se han presentado en su casa. Una agente sostiene el suyo. Está vivo, emite hermosos sonidos postnatales. Juega con los rizos dorados de la mujer policía. Él está vivo, ella lo ha criado, es suyo, sólo suyo, nadie tiene derecho a tocarlo, a cogerlo, pero se lo quitan. Un cadáver de cadáveres gestado durante nueve meses de crímenes y mutilaciones. Ella dice que no es posible, no sabe que hace en esta casa. No reconoce el piso como suyo. No entiende nada, pero el bebé quiere está con ella y la mujer se lo ofrece. La mirada y el cuerpo son decenas de miradas y de cuerpos. «¡No!».

Despierta empapada en sudor. Es una pesadilla. La pesadilla. Debió beber. La criatura en la incubadora. No pasa nada. El cadáver está frío por el esfuerzo de todos los asesinados y mutilados para nada. Un grito agónico traspasando umbrales que siembra el desconcierto en los sueños de la mujer.

Sube la temperatura. Todo controlado. Lanza la bolsa de basura desde el mismo lado de la montaña y conduce el todoterreno a otra ciudad por cambiar de aires, que no por miedo. Bien, ahí está su niño, pero siempre quiso la parejita. Desenrosca el tapón de Antiquary en la habitación del hotel. Un largo trago y poco a poco toda la botella. «Menuda pesadilla de mierda», piensa. La policía se parecía a la brasileña. Ya está a salvo. Es medianoche. El alcohol le evita escuchar

los llantos y berridos de todos los bebés que quieren meterse en sus sueños, ya que entonces sus sueños son totalmente noqueados. Espera que los servicios sociales del lugar no intenten arrebatarse a su hijo si se enteran de que bebe tanto.

EL DÍA DE LOS SUSTOS

Antonio tiene el frío pegado al cuerpo. Todavía le huele la ropa a brea. Su abuelo ha retocado la madera de una de las pocas casas del barrio gitano, cercano al muelle en el puerto de Barcelona. Incluso cerrarán la escuela donde él quiso aprender.

La noche es tranquila, hay mucho barullo por las calles. Se celebra otra de esas fiestas payas de otros países. Abre una de las tapas, unos ojos le escudriñan hirientes. No los observa hasta que se acostumbra a la oscuridad. En un día de fantasmas, vampiros y disfraces de muertos vivientes, las dos lucecitas le destemplan más el ánimo. Repentinamente, los dos pequeños faros se abalanzan sobre su cara. Antonio da un respingo, pierde el pie y cae de espaldas sobre la humedecida acera por las torrenciales lluvias del mediodía.

No le da tiempo a poner en práctica el consejo de su abuelo. Las luces le miran, maúllan y ronronean. Se trata de un jovencísimo gato callejero del que se desprende lentamente, reprimiendo el intento de chutarlo sin contemplaciones cual portero de fútbol del Barça. Su abuelo, su padre y él son culés, y no son los únicos gitanos seguidores del equipo azulgrana de su comunidad.

Repuesto del susto, desea retornar a su puto trabajo. La verdad es que celebrar una fiesta para dar miedo le parece una chorrada. Él tiene que recoger cosas para venderlas mañana, si no tendrá problemas. Debe pagar una deuda a un fullero de

AÑO NUEVO, VIDA NUEVA

Esa noche caminó lentamente
para permitir que las perturbadoras escenas de horas antes
se difuminaran un poco.

De «La era del deseo», en *Sangre*
Clive Barker

Diciembre. El día más esperado. Muy rápido. Ha sido intenso. De eso no hay duda. No funciona el ascensor de la escalera de la izquierda. Más de lo mismo. Una tradición diaria. Gasto en reparaciones que alarma al vecindario con alquiler y cabrea a quienes se desangran con la hipoteca. Se sube la cremallera del anorak rojo fuerte chillón hasta el cuello. Un capricho que ella le regaló al poco de conocerse en aquel enero tan frío como este día. Un día entonces, muchos más ahora.

El dedo índice sobre el botón amarillo. Una sacudida desde abajo. Este sí que funciona. La puerta del piso cerrada con las tres llaves. Detrás quedan unos trescientos sesenta y cinco días de convivencia. El ascensor sube lento. Monotonía simétrica de cada día. Rutina corrosiva. Junta sus dos manos protegidas por guantes de piel y realiza un chasquido especial que le reconforta aportándole una seguridad al límite. Entre

LAS QUE VIENEN DE OTRO INFIERNO

El coche rodó lentamente sobre la gravilla dejando atrás el colosal jardín perfectamente cuidado por un pequeño ejército de hombres y mujeres vestidos de verde. Aparcamos delante de la puerta y fui recibida de inmediato por él. Me sentí observada desde diferentes flancos del majestuoso edificio, pero no me molestó. Al atravesar el umbral dejé detrás de mí un mundo, una vida, y sabía que me lanzaba a una aventura. Poco después adiviné algunas manos carnosas cerrando cortinas, lo que me hizo mucha gracia. Seguro que eran futuras compañeras de trabajo.

La mansión tiene unas treinta habitaciones, y creí que me iba tocar el ala norte. En total son cuatro pisos.

Por lo que él me comentaba entusiasmado, las habitaciones eran muy espaciaosas. Pero antes de subir y asearme, me ofreció una pequeña recepción con unas cuantas personas de su equipo. Un honor inesperado. Noté que se confiaba en mí y mi *curriculum vitae* y respuestas en la entrevista habían calado hondo.

Sí que me explicó que unas escaleras de mármol, brillantes y pletóricas de luz, conducían a un par de sótanos muy bien diseñados donde se ubicaban los laboratorios, talleres, probadores y demás.

DE LA RAÍZ A LAS PUNTAS

Le hierie en los ojos el reflejo blanco de la «P» y la flecha debajo de la letra señalando a las entrañas del parking. Un reflejo contra la ventana del autobús, un Mercedes de mediados de los noventa parado a la espera de que cambie el color del semáforo. Una treintena de viandantes suman el grupo ocasional que atraviesa de un lado a otro. A la altura del portal de la academia de cine donde ha impartido varios cursos de guión cinematográfico, en el segundo tercera, hay luz en una de las aulas. La que nunca se usa. Lo cual le resulta curioso. Las otras tienen las persianas bajadas. En la que tiene luz alguien ensaya una escena dramática. Parece un estrangulamiento que se realiza de forma obsesiva a cámara lenta. Por dicho motivo sacude su cabeza de un lado a otro provocándose un dolor innecesario en el cuello.

Cleo sigue caminando por la misma acera y enfrenta el hostel entre las dos estaciones de tren a estas horas solitarias. Unos cinco minutos más tarde baja por la calle peatonal más comercial de la ciudad. Nadie se cruza con ella. Del hueco de un árbol centenario recoge un ejemplar de *El silencio de los corderos* y deposita otro titulado *El horror de Dunwich*, con la portada raída, sucia, pálida y el nombre del autor borrado adrede.

A veces esta soledad y sus sonidos la asustan a unas horas poco medicinales para una realidad cadáver y violenta. Como haciéndose eco de sus pensamientos y temores un grito desgarrado, inclasificable, recorre las calles, las paredes

PERVERSIDAD

Se enfunda su minifalda vaquera y se calza los zapatos azul celeste de tacón que Yoli le regaló. Engulle otro trozo de pizza recalentado comprada en el súper y abre la única ventana del apartamento de cuarenta y cinco metros cuadrados que da a la calle Padilla.

No ve a Matías en la esquina de la oficina del banco. A esas horas de la noche, casi a las once, él siempre espera que pase alguna mujer sola, de la edad que sea, para abrirse la raída gabardina de infantería, de su puta y lejana mili, para enseñarle su sucio y erecto pene que ha estado manoseándose sin complejos. La mujer acostumbra a gritar y a salir corriendo, mientras él se corre de gusto y ella hace fotos.

El negocio es perfecto. Matías se lleva unos doscientos euros cada día que ella consigue captar bien las expresiones de las mujeres y sus movimientos de sorpresa, miedo, parálisis y huida. A ella le paga a unos mil quinientos euros el pavo que vive en Sarrià y que tiene una colección de imágenes a cada cual más sádica y comprometedoras.

El señor Abelard disfruta con el dolor de los demás siempre y cuando no se vea afectado por la trama. El viejo industrial, ya retirado del gremio de la perfumería, durante un tiempo estuvo liado con una madame de una casa de putas de Castelldefels. Por ese motivo, siempre tenía fotografías y grabaciones en vídeo de jovencitas que por primera vez vendían sus servicios sexuales a cambio de unos euros.

EL DESTELLO

Otra diferencia entre el vampiro y el licántropo radicaba en las formas de convertirse en uno de ellos.

Licantropía, realidad y leyenda del hombre lobo

Manuel Muñoz Heras

Fue una noche de verano. No era precisamente un ambiente shakespeariano, ni onírico, y el tipo de duende al acecho, si alguien puede creer en esas simpáticas figuras de la oralidad, la fantasía y las tradiciones, tendría que ser de seguro maléfico.

Tampoco puedo asegurar que un halo de maldad fuera el único componente. Testimonios y testigos podrían estar confusos, pero aquel martes todo ocurrió de otra manera, de otra forma para mí.

—¿Está lejos?

—Más bien cerca y nada se le parece a nada. Pero no creo que quiera hablar de ello sin más, o ¿sí?

En la pantalla del televisor por enésima vez se informaba de los crímenes de Israel en el Líbano. Una serie de ciudades destruidas con tesón a modo de estrategia de inversión, prácticas de tiro y genocidio puntual en su genocidio continuo. ¡Menuda balsa de sangre!

CIRUJANO

Riguroso, constante, metódico, matemático, concienzudo. Milimétrico, nada sórdido, ajustado y definido. Cuatro partes excelsamente estructuradas. Cuatro secciones, como cuatro hemisferios, como dar la vuelta al mundo.

Porciones delimitadas que superpone y recrea para alcanzar la delicia. El trabajo es concreto. La tarea requiere cientifismo y un control que no permite el despiste ni un instante, todo está supervisado al detalle.

Jordi, mientras recuerda, muerde un trozo de pizza comprada en una franquicia de Domino's y disfruta de la comida con pasión. Está sabrosa y él tiene hambre. Hay claridad todavía en la calle y el calor aprieta, tras unos agradables días lluviosos las primeras semanas de junio. Pero la gente se mueve por la ciudad, según observa desde su ventana con la persiana bajada a la mitad y el exterior enrejado para convencer a cualquier enemigo de lo ajeno, de que por aquí el hurto es imposible y no es bienvenido.

Chatea con Nicolás, «Alfa», un venezolano que trabaja sin papeles como jardinero en el ayuntamiento, y con Remei, «Agua clara», administrativa en paro. Comentan la fuerza de la gente del 15-M y su presencia en la movida como cristianos de base, herederos de los antiguos grupos de movimientos de

AZARES

Dedicado a Clive Barker

Oscuridad, retazos de niebla, grises y negros. El barco recuerda, sabe. Tormenta, lluvia, apenas claridad. En el interior miedo, resignación y deseos de llegar a puerto. El barco atraviesa un lamento del mar agitado, olas. Aguas que se ven y que no se ven. Lluvia intensa, incesante. La nave le tiene donde quiere. Negrura, cansancio y mareo entre los pasajeros. Mucho movimiento. En ocasiones parece que el barco frena y pega varios botes. El cadáver cae con todo su peso de una de las literas de arriba. Sangra otra vez por una brecha en la cabeza. Quince o veinte puñaladas fruto de la locura incontrolable de sus encierros, del miedo infantil a la soledad, del vaivén de la embarcación, los ruidos por la noche, el hambre.

Los pies seccionados. No caminarán dejándole sólo. Colocados sobre una manta verde agujereada por cigarros en la litera de abajo. La de la derecha. La limpieza en ocasiones no se contempla entre la brigada de trabajadoras que en un rato se encargan de ella antes de que la embarcación zarpe. Además, hoy la conducta es la tormenta y eso ensucia más.

La tragaperras engulle las monedas de tres jóvenes estudiantes inglesas que se han ligado a dos policías fuera de servicio. Los camareros gallegos sirven falsamente indiferentes cinco

ZARPAZOS

De pronto, un pavor irresistible se apoderó de su respiración.

La operación
José León Cano

Helena llega tarde. Las dos niñas están con la canguro, una peruana joven, simpática, entrada en carnes, a la que le gusta el hip-hop y les enseña a hacer ruidos con la boca a las crías. Las pequeñas disfrutaban como locas.

Se lio en la panadería. La dependienta brasileña se estaba peleando con el novio por el móvil, la senegalesa colocaba baguetes lanzando maldiciones porque se quemaba los dedos y las manos, mientras que las dueñas, ambas catalanas de las de toda la vida, hablaban con clientas del barrio también de toda la vida. Total que para comprar una puta barra de pan, quince minutos. Hizo los bocatas, se pintó y se vistió según le propuso Helena.

Antonia recorre la zona con sus botines negros preferidos, se los compraron juntas. Paraguas de una marca de cerveza en mano guiña los ojos a los osados transeúntes que se mojan, a pesar de la tormenta, y de la rutinaria caravana

LA IGLESIA

Entonces, Satanás marca al iniciado con las uñas de su garra izquierda, y le imprime la figura de un sapo en la pupila izquierda.

Las misas negras
Louis Adams

Lo que fue el campo de fútbol a la salida de la iglesia está cubierto de malas hierbas. Las porterías de madera han desaparecido y el camino hasta el recinto ha sido un continuo evitar charcos y excrementos del rebaño del pastor de dos pueblos antes del suyo.

Excrementos de cabra. Esas bolitas negras a las que Fonso prendía fuego, o lanzaba contra las chicas que salían del Rosario cuando todos tenían siete años, allá por el 69 del siglo pasado.

También hay matojos altos, porquería de todo tipo y un olor a podrido, como aquella noche, que lo impregna todo de una especie de salinidad rara. Un perfume que de vez en cuando le da arcadas, otras le marea, y en ocasiones le hace que suba hasta su garganta un líquido que no es precisamente parecido a uno de sus licores favoritos.

La puerta de la iglesia parece intacta. Marrón desvencijado en estado de decrepitud como las tumbas de algunos de sus

NEGRO Y ROJO SOBRE BLANCO

Una expresión angustiada había sustituido a su habitual
aire de tranquila serenidad.

Carmilla
J. Sheridan Le Fanu

A sus treinta y cinco años a María Luisa se le hace cuesta arriba ir a visitar a su padre que vive tres calles más abajo. De algún modo, tiene una excusa para retrasar la vuelta al hogar paterno. Pero eso no está muy bien visto en el pueblo y más ahora que hace unos cuantos días que nieva y el viejo necesita ser atendido.

Muchas son las dolencias que arrastra su padre, y el cura, confesor de Samuel, conoce unas cuantas. No las comparte, pero no puede revelar el secreto de confesión imprimido durante unas cuantas décadas. Una de ellas atañe a María Luisa, a la cual Samuel violó ininterrumpidamente unas cuantas veces a la semana entre los cinco y los once años hasta que Juan Pedro, el hermano de la madre de la niña, que se ahorcó dos años antes, se la llevó a su granja con su mujer y los primos de la chiquilla.

Las violaciones concluían con contusiones en la espalda y de vez en cuando ella exhibía moratones en los brazos y en las piernas diciendo en el cole y a sus amigas que se había

ESA ETERNA MELODÍA

Igor se quedó solo aquella tarde en el estudio de grabación con unos cuantos canutos preparados y la nevera cargada de birras. No le convencían las mezclas. No es que fueran malas, como decían sus colegas entre risas, es que él era un perfeccionista y, además, siempre llevaba el sonido en su cabeza y este tenía que cuadrar.

La producción era impecable, pero los riffs de las guitarras, para él, y lo había discutido con el tipejo de la Fender, tenían una cadencia que superaban en demasía a las percusiones electrónicas, las cuales eran fascinantes, fruto del trabajo de una catalana de origen chino loca por la música y por las discotecas. Además, el Hammond, en ocasiones daba la sensación de ser un maullido. En sí todo quedaba muy grave y el bajista parecía que tocaba desde la calle, pero bueno el tal Andreu es que estaba colgado de crack todo el rato y era difícil que la cosa fuese a más.

Maika se fue después del grupo colgada del brazo del tío de mantenimiento. Un tal Felip que llevaba toda la semana intentando follársela y al final lo había conseguido, o esa era la sensación que daba. Y Guillem marchó temprano del 22@. Pasó para saludar y seguir la juerga desde la noche anterior a base de priva y coca.

SOBRAN PRÓTESIS GENÉTICAS

El tercer buey llevado a bordo del transporte ONU llevaba un arnés al cuello.

De «La jugada», en *Anticipación*, 4
Philip K. Dick

Nos dieron el alto a escasos metros de conseguirlo. Alguien debía habernos traicionado porque la pantalla holográfica no captó las señales de las naves invisibles de la autoridad. Tantos créditos gastados e invertidos y no pudimos hacer nada por darnos cuenta.

Juan se lanzó al vacío. Era evidente que no iba a salvar la distancia desde la altura de nuestro vehículo. Oí la desintegración de su cuerpo contra las ondas de atracción y detección emitidas por minifuentes de calor basados en una nueva y revolucionaria combinación de rayos ultravioletas y árboles selenitas plantados en la Luna y traídos a la Tierra.

Juan era mi cuñado. Bondadoso, trabajador, rebelde ante las normas establecidas, pero un buen marido. Mi hermana le lloró unos meses antes de comenzar una nueva vida en la colonia subterránea de Cisjordania 19, en las plataformas flotantes cercanas a los cinco planetas del sistema solar recién

LLANTO

Los llantos provienen ahora de la derecha. Primero lejanos, unos treinta segundos después, los contabiliza mentalmente, más cercanos. Es como si los tuviera detrás de sí, motivo por el que se gira espantado y retrocede unos pasos a modo de protección.

A la derecha, cree, debe quedar el motel de carretera donde estuvo con la joven asiática. Sesenta euros le dieron para un par de polvos y una felación al despertarse. Pagó religiosamente y quiso invitarla a desayunar, pero ella no quiso. Comió con ganas. Se pidió una fuente de salchichas, huevos fritos, varios zumos y una generosa repetición de cafés con leche. No debió salir, pero tiene que llegar cuanto antes a Lleida.

Ahora han desaparecido. Suda copiosamente atenazado por el pánico. Ha caminado durante horas de un lado a otro. Cuando decidió ir hacia el oeste cayó entre matorrales y piedras durísimas. Sangra por las piernas y el pantalón vaquero se le engancha a las heridas y le duelen los brazos de tanto intentar mover la niebla para poder discernir una salida, algo o a alguien. Pero la niebla es una oscuridad de humo que no desaparece. La dependienta de la perfumería, una chica con el pelo castaño, bien formada y con el rostro muy parecido al de cierta cantante española de nombre Rosa, le advirtió que

FAROS

Diferente. Con su propia personalidad. En algún momento ha trenzado una comparación, una sinopsis alternativa, con la torre del Cabo Sileiro, pero esa ya la visitó en unos días de fiestas patronales propicios para abandonar su estudio publicitario. La puta presión de la competición laboral, liberarse de obligaciones y sentirse mas él.

Tampoco, siguiendo la estela comparativa con otras torres y faros, pero sin caer en la paranoia, le recuerdan a los de Cabo Villano y Rías Altas, aunque por el nombre hay una coincidencia con la vida de cierto hombre que le fascina.

Es otra cosa que José, el lugareño que le ha acompañado en su coche, con una altanería y nobleza exuberantes, no ha entendido, ni falta que le hace al buen hombre, que ya disfruta con sus vacas y en el bar del pueblo.

José le ha seguido el juego, piensa él, creyendo que es otro botarate de la gran ciudad, como muchos señoritos que vienen a pasar el verano, y él no le ha hecho mucho caso.

Magdalena se ha enfadado con él por querer ir a ver el faro antes que estar con ella y se ha ido a Portugal a un encuentro publicitario. Le ha amenazado con que se follará a cualquier tío simpático que se le ponga por delante, cosa que, dentro ya de la majestuosidad del recinto, le importa una mierda.

CONJETURAS

No es una cuestión de pesadillas. Antes las tenía dormido y despierto, pero desde que los psicooperarios genéticos de la empresa me aplicaron el tratamiento regenerativo CATARSIS ONÍRICA no tengo ningún temblor, ni padezco malestar alguno. Precisamente, para rematar la faena, viajo en una nave equipada en la habitación unipersonal de sondas de felicidad y de pacificación individual.

Es una nave de la Multiuniversal de Alimentación. Pequeñas máquinas hábiles y más rápidas que las de los viajes oficiales. Además están trucadas como se hacía con los motores de los vehículos en el siglo xx.

Viajo como distribuidor de planeta en planeta. Visito asteroides y estaciones espaciales. Recojo pedidos para las grandes naves y dejo los pequeños elaborados con urgencia.

También compruebo el buen estado de los alimentos, la fiabilidad de los trabajadores manufacturados y elaboro estadísticas entre los comensales y clientes privados.

Lo peor de toda esta mierda es el aburrimiento. La soledad la supero con masajes sexuales virtuales y vídeos deportivos históricos. Lo dicho. Eso no es lo chungo. Lo jodido es el aburrimiento. La monotonía imposible de descargar, ya que este es un viaje más largo. Voy repostando en las estaciones Auténticas de combustible de la Alianza Mozárabe y relleno estadísticas como un condenado.

MENUDO CARÁCTER

Cuando Marta llegó al burdel las luces violáceas del luminoso de reclamo no funcionaban. La puta, insistente, bestial, y fatigosa lluvia, las había hecho explotar esparciendo el polvillo de la veintena de fluorescentes que firmaban las palabras *Tango and Cash*. Los trozos de vidrio se diseminaron por toda la acera y algunos se clavaron en el rostro de Senia, la joven mulata vendida por sus padres a los rumanos en uno de esos países africanos.

Bueno, se clavaron en el rostro, el cuello, las piernas, las rodillas...; Senia cayó acribillada al suelo, por donde corrió la sangre libre, alegre y divertida y más acelerada gracias al agua.

Un final cabrón para una puta que comenzaba a ganarse la vida jodiendo pero cobrando, lejos ya de las violaciones de su padre, hermanos y tíos.

Pero como el destino es un cachondo, Senia ya es un cadáver agujereado que se repatriará a cualquier país en un proyecto más de subvenciones del Estado hoy en manos del PSOE y mañana en manos de cualquier otra chorrada.

Con estos datos, alguien le diría a Marta que no entrase en el burdel de marras. Como si algo premonitorio amenazara con suceder. Cualquiera de los vecinos y vecinas de los pisos con aluminosis alquilados por marginados a marginados,

LUTOS

Orgullosa, nada preocupada. Firme, tranquilo, sereno, altivo, casi arrogante. Deja tras de sí la algarabía de las terrazas de la Praça Molina, las cuales desprecia pues las encuentra cursis, innecesarias, banales, como todo aquello que es innecesario. De hecho rechaza a la gente con aire festivo, sonriente o en su quehacer diario a la que encuentra vacía, poco dada a una firme voluntad de vida estricta, en una aséptica diversión corruptora del alma.

Desciende, pues, vivaracho y con brío por la Vía Augusta, a pesar del bochorno de un 29 de julio. Dicen que es un julio frío, poco caluroso, el primero casi en tres décadas. Pero eso le importa una mierda. Y al momento de decir la palabrota pide disculpas mentalmente a su abuela y al Señor.

Bochorno; y el pronóstico meteorológico para el viernes era de lluvias incesantes. Aminora el paso en el cruce con Avinguda Diagonal. Sus bermudas negras y su camisa del mismo color están empapados. Es como si filtrasen más el calor. Lo transmiten y eso le hace sentirse mejor. Un poco de sentimiento y caridad a la vez. Bueno, la caridad se la debe ganar uno. No es algo en lo que se pueda mojar pan tan fácilmente.

DESESPERACIÓN

Son tres. Ni una más, ni una menos. Las cuentas salen claras, a pesar de su congoja. Tres maletas, las de siempre, ya más viejas en este nuevo intento. Tres tamaños. Delante del televisor de plasma, la mediana de color verduzco con unos cuantos agujeros en la parte superior. Más limpia, eso sí, en la puerta del piso, la de color marrón. Inmensa, grande, un dolmen viajero. Una pesada carga como la suya. Y a la derecha del sillón la de color azul marino, como un guiño que le seduce y atrapa mientras conduce o durante muchos días mientras reflexiona y elabora las primeras estrategias. Coqueta, brillante, pequeña, a la que trata con ternura y acaricia en más de una ocasión con su mano derecha en el coche. En ella lleva sus enseres más preciados y la automática desde hace más tiempo. Justo desde que ya los puñales y cuchillos, las navajas y alguna catana no le servían de mucha ayuda y eso que se había esmerado, las afilaba y templaba antes de cualquiera de los momentos en que había decidido usarlas.

La maleta azul también contiene el juego de silenciadores que compró en Cádiz cuando tomó la decisión. Tajante, firme, resuelto, tranquilo, seguro de sí mismo. Sin compasión, sin piedad, dispuesto a tener éxito.

Enseres, ropa, libros, no muchos. Cajas de munición, calibre especial para no errar. Una actitud decidida. No puede

CONVERSACIÓN

Estaba escribiendo un artículo sobre las últimas fusiones empresariales, cuando noté un temblor en el bolsillo derecho de la bata...

Lo que sé de los hombrecillos
Juan José Millás

Jadeos continuos, agobio, angustia. Una mano apoyada en la pared. Resopla, un dolor agudo en el estómago, presión en el pecho. Recupera la respiración poco a poco. Sudoroso se afloja la corbata. El corazón a mil revoluciones. Susto, miedo y un flojeo de las piernas como cuando salían al patio y comenzaban las collejas y las patadas, o cuando las chicas se burlaban de él, pero todo eso ya pasó hace muchos años, y gracias a las terapias él es un hombre maduro, psicológicamente equilibrado y no pasa nada, todo está perfecto. Tiene un buen trabajo, gana un sueldo y como ahora mismo debe controlar la situación y todo aquello que ocurra porque para eso le pagan y hoy es muy difícil encontrar un buen trabajo.

Las manos enrojecidas. No lo entiende. Debe calmarse y abrir la puerta de su despacho. Está cerrada. Bien, vale, de acuerdo. No pasa nada, todo controlado. Calma, ante todo mucha calma, como la frase de la camiseta que le regaló Rosa, su joven y encantadora psiquiatra. Ha superado todas las pruebas y ahora el problema depende de una simple llamada

VISCERAL

1

De nuevo, es intolerable. Regresa, vuelve, me aplasta la carne; tengo la sensación de que es como si crujiera, se tensa tras su libre albedrío anterior.

Siento miedo. Les escucho, son reales, ¿duermo?, están ahí, ¿quién me libraré? Estoy presente entre ellos. ¿Yo soy real ahora?

2

Son ellos, no hay duda, quiero irme, despertar, sí, quiero despertar. Son de carne y hueso. Me cruzo con ellos otra vez, los hay por todas partes. Sus caras me sonríen. El susto, los sustos, son continuos, demenciales, me atenazan el corazón. Sudo, la náusea me hace vomitar sangre que no es la mía y entonces no me puedo restregar en ella. Es otra cosa, la toco, pero ¿la estoy tocando?

3

La chica de la gestoría esboza una sonrisa. Su cara resplandece al verme. No lo entiendo, es incomprensible y da asco.

ROMANCE

Bochorno. Sudor. Noche pesada, sin apenas aire. Mezcla de olores. Algunos poco recomendables. El número diez brilla. Color negro. Rodeado de una circunferencia blanca sobre fondo blanco. Repleto de polvo y de grasa. Acumulación diaria. Otra circunferencia roja rodea a la blanca. Límite de velocidad. Diez. Un letrero enmohecido azul a su derecha. Garaje particular. La plancha metálica metalizada que es la puerta está cerrada. Es gris, también padece suciedad y una sospechosa corrosión. Sólo se recibe la luz de una farola. Huele a meados. La noche es más oscura que de costumbre. Sin ruidos, cansina. Una segurata pasa por delante. Escucha música en una vieja radio con unos auriculares sin almohadillas. No se percata de nada, sigue su rumbo con tranquilidad. Es la hora de la cena una vez que ha acabado su turno.

Berta balbucea. Cabeza, piernas y brazos se mueven a base de espasmos sincronizados y todavía está viva, algo que no entenderán más tarde enfermeros y médicos. Pero sí, sigue moviéndose. Hay sangre. La frente está abierta. Es un agujero en la cabeza por debajo de su melena rojiza. No hay nada dentro. La masa encefálica está desparramada en trocitos por todas partes. Minutos antes al llegar a la puerta del garaje pulsó el botón de la pequeña cajita que abre la puerta y sintió un agudo dolor en la frente y como ésta reventaba dando paso a su cerebro que estallaba en pedacitos.

SIN ANESTESIA

Me acordé con espanto de aquel cuerpo pesado que había
caído delante de mi ventana.

El hombre Oso
Prosper Merimé

El parabrisas de la furgoneta no da abasto con el agua que cae y se acumula. La mujer no se decide a arrancar y está estacionada en doble fila. Es guapa, africana. Lo distingo porque la luz de la farola le da de plano. Lluve torrencialmente desde hace unos cuarenta minutos. Tuve suerte y no me mojé. He sido previsor. Algunas personas corretean sin gracia y con miedo a darse el resbalón de su vida. Pero de momento no es el caso. Unos cuantos rayos atraviesan el cielo y dan la sensación de que quieren impactar contra automóviles, personas, balcones o tejados, lo cual no deja de ser fascinante y de dar miedo. La cortina de agua aumenta. Me impide ver en estos instantes desde el amplio ventanal del restaurante en L'Eixample barcelonés.

«Monotonía de la lluvia en los cristales», creo que decía un poema de uno de mis poetas favoritos. Definía perfectamente los años de escuela de una España maldita y maldecida allá a finales de los sesenta.

PREFERIDA

Quiétude. Resistencia, resiste. El rostro limpio de sudor, sin una mueca, relajado, a pesar de las circunstancias. Todavía conserva el discreto maquillaje que había repartido por él, sabiamente, con un mohín de coquetería.

Inspira y expira, controla la respiración, impassible. Los ojos fijos en un punto. Sin posibilidad de sorpresas. Bella, hermosa, por eso cree que la ha elegido. Sus pechos se agitan con normalidad debajo de la camisa roja y del sujetador verde. Unos pechos que la mirada de ella han radiografiado con un tono lascivo, de deseo y que se ha dado cuenta de que trató de reprimirse durante un rato

Sabe que bajar a la panadería del 24 horas tiene hoy su precio, pero no pierde el dominio de sus sentidos y de las sensaciones para que si hay algún instante de peligro pueda analizar con frescura la realidad. Quería comer un par de bocadillos del excelente fiambre del Ampurdán que se había traído. Seguro que todavía encontraría una barra de pan integral, pasaba de comprar pan de molde. Sus tíos y la abuela se lo habían regalado en abundante cantidad.

Fue un momento de descanso antes de seguir leyendo el ejemplar de la interesante novela *La catedral del mar*, de Ildefonso Falcones. Tanto leer durante toda la tarde le había dado ganas de moverse un poquito y de comer algo.

El cañón de la automática, una SATAjet de la serie 3000, apoyado en su frente. Metálico, frío, también impassible como

SANGRAR CARNE

Le hemos practicado a la paciente la cesárea con éxito, a pesar de las dificultades y sobresaltos. Al final el personal me ha aplaudido y me he sonrojado.

Yolanda y Johan, el *holandés errante*, como le llamamos por su tradicional viaje de bar en bar en su tiempo libre, han vomitado sobre el interior de Francisca Medina Landa. Estos bares son para él puertos en los que recalca por poco tiempo, para luego partir a otro.

La verdad es que ha sido desagradable y muy poco profesional, pero no voy a amonestarles. Reconozco que no es para menos, pero hay que saber mantener el tipo. Johan ya es un experto en esto de los vómitos, pues su periplo de bar en bar acaba siempre en estas nefastas condiciones.

Somos una clínica privada. Por eso, me preocupa cada detalle. Una clínica muy privada, se podría decir, y pagamos muy bien a nuestro personal porque tenemos unas tarifas altas, las cuales no están al alcance de cualquiera. Ese es nuestro lema.

El trabajo, eso sí, es duro, se nos contrata para algunas tareas e intervenciones que nadie se atrevería a hacer. Se puede hablar de que nos saltamos las normas, lo cual es un placer en estos tiempos borreguiles que corren.

HECHIZO

Salgo del Condis, sin prisas, con un par de bolsas, tras sonreír a la cajera cordobesa, a eso de las dos de la tarde. La mayoría de las tiendas están cerradas y la vendedora de cupones se fuma un Marlboro entre trago y trago de cubata apoyada en el exterior de la caseta.

Detengo sudoroso mis pasos, las malditas bolsas pesan lo suyo. Cavilo durante unos segundos, con el zumbido que no hay manera de erradicar dentro de mi cabeza, si me tomo un par de medianas Estrella, lo cual me seduce para que baje la carne ingerida no recuerdo a qué hora, o me voy a casa como todo hijo de buen vecino y deposito por la diversas estanterías de la cocina y en la nevera el contenido de mi compra.

Todavía persiste en mi mente el ulular de las sirenas de las cinco o seis ambulancias que descendían por la calle Padilla del Hospital de Sant Pau, alguna venía de las cocheras cercanas, o había sido arrancadas a saco de una de las esquinas en las que se aparcan.

Durante horas ese ruido ha martilleado sin piedad mis sienes y mi cabeza acompañado de manera constante de un denso color rojo nublando a ratos mi vista.

Era, y es, como cascadas de líquido que cayera desde algún lugar o explosionara sin contemplaciones.

MONSTRUOS

Unos cuantos de los miembros de la tripulación ya se habían incorporado antes que yo. Del puerto de A Guarda salieron rumbo a la nave los pakistaníes y otros de sus compañeros encargados de labores y faenas muy precisas. Yo disfruté de un último vistazo a la playa de Las Catedrales y me incorporé, según el contrato. No me podía entretener mucho más. Ya se comenzaban a palpar los cambios de gobierno y pudiera ser que en el primer Consejo de Ministros se metiera mano a las leyes de pesca, o a alguna normativa. No lo sé, pero nunca se sabe, a pesar de algunas ramificaciones.

Zarpamos el día de Navidad. No me causó pena por la fecha. Todo ha cambiado tanto que es una fecha más para la penuria. Yolanda se quedó hasta que el barco se perdió en su horizonte, en el que ella podía ver. Soledad bajo la lluvia, una estampa hermosa de una mujer fascinante.

Su situación es peor que la mía. Escasea la carne, en España todavía más, y la pobreza golpea a las familias y se han desbloqueado los salarios, con lo que se pagan cantidades exiguas en la mayoría de sectores industriales y profesionales. Esto es España y Europa gracias a las exigencias del FMI.

Yolanda era cajera en un súper, pero las franquicias, sobre todo la suya, comenzaron a cerrar y ella, además, fue herida

LA DESAPARICIÓN DEL VAMPIRO

No hace viento. No corre el aire. La habitación está cerrada. Si fuese un clásico film de terror, y no la realidad, enseguida adscribiría el primer suceso a la exitosa película española, presentada recientemente en el Festival de Sitges, *El Orfanato*.

Cine nuevo y del bueno. Escuchó un reportaje un lunes en un programa de una cadena privada, que conduce una tía que fue acusada de plagio o de algo parecido. Tampoco le importa mucho.

Pero no, todo parece indicar que está en su sitio. Dos grandes armarios de madera de nogal. La puerta azulada que da paso al cuarto de baño. La cuna. Tres sillas repartidas alrededor de la cama y una cuarta delante del tocador de roble, dos espejos y la ventana que da al jardín posterior y al estanque con una valla de madera, que nada tiene que ver con el resto de edificaciones de la zona.

No ha sido, y esto sí que es real pero también muy clásico en el género del terror y la fantasía, que la cuna se moviera al cerrar la puerta. ¿Qué cuna no se mueve si alguien la mece? *La mano que mece la cuna es la mano que domina el mundo* es una buena peli. Pero es que nadie la mecía, no había ningún bebé dentro, se movía sola.

¿Tuvo miedo?

Perdió la pista del vampiro en Turquía, tras el viaje urgente a Grecia, posterior a la entrevista en Roma con el

AGRADECIMIENTOS

Este libro es un homenaje al género fantástico en sus categorías de horror, terror, fantasía y miedo en todos sus soportes –literatura, cine, cómic, series de televisión– y en agradecimiento a quienes lo han hecho posible. Va dedicado a todas las personas que han ido sumando eslabones.

No quiero olvidarme de que es un proyecto complementario al resto de mis obras de género y proyectos de novelas como *La soledad del zombi*, *La desaparición del vampiro* y *El demonio de la sangre*.

Quiero agradecer a mi editora, Isabel López-Ayllón Martínez su trabajo, paciencia, coordinación, indicaciones y sugerencias, así como a todo el equipo de Ediciones Tombooktu y Nowtilus su trabajo y su confianza depositada en esta obra y en mí.

Muchas gracias a un puñado de amigos y amigas por su apoyo durante estos cinco últimos años, que, a su vez, son escritor@s de género y con los que coincido cada día en actividades, charlas, firmas, presentaciones, antologías diversas, premios y en Facebook, blogs, webs y otros espacios.

Dedicado especialmente a mi padre, Manuel Sánchez San Pantaleón, y a una gran amiga y excelente persona como es Victoria García Estebán.

Saludos, abrazos, cervezas y besos a las chicas,

Julián Sánchez Caramazana